

## CERVANTES Y LAS MUJERES EJEMPLARES

por Margarita Schultz

Facultad de Bellas Artes, Universidad de Chile.

En un escritor su obra es la medida de su intimidad. A través de la lectura de Cervantes se siente, pues, la hondura de su alma, se percibe el espectro amplio de los sentimientos que le han conmovido. Me interesa la imagen de la mujer, la fisonomía y significación que se le adjudica en un contexto dado. Ello ha motivado el tema de estas notas: "la imagen de la mujer en las *Novelas Ejemplares*".

No ha de parecer caprichosa la voluntad de buscar el perfil de la mujer cervantina, el modo cómo la valora el autor español, justamente en un conjunto que él mismo titula *Novelas Ejemplares*. Y si bien las considera una fuente de entretenimiento —"Horas hay de recreación, donde el afligido espíritu descanse"<sup>1</sup>— en cada una despunta la moraleja. Algunas de estas moralejas fueron redactadas por Cervantes. Señalo algunos casos:

"... sucesos ... que podrán servir de ejemplo y aviso a los que los leyeren".

*Rinconete y Cortadillo.*

"Esta novela nos podrá enseñar cuánto puede la virtud y cuánto la hermosura, pues son bastante juntas y cada una de por sí a enamorar aun hasta los mismos enemigos y de cómo sabe el Cielo sacar de las mayores adversidades nuestros mayores provechos".

*La española inglesa.*

"... ejemplo y espejo de lo poco que hay que fiar de llaves, tornos y paredes cuando queda la voluntad libre...".

<sup>1</sup>Miguel de Cervantes Saavedra. *Novelas Ejemplares*, Ed. Fabril. Buenos Aires, 1965. Prólogo y notas de Francisco Ayala.

*El celoso extremeño.*

En *Las dos doncellas* se recomienda, en síntesis, no vituperar las obras del amor, porque es fuerza incontrastable y merece benevolencia cuando es puro.

¿Cómo debemos tomar las descripciones que siembra Cervantes aquí y allá en su Novelas? Lo que se afirma en ellas sobre la mujer, lo que dicen y piensan las mujeres mismas ¿son accidentes del relato? El contexto 'ejemplar' en que están situadas esas consideraciones hace pensar en una evaluación. Bien miradas, las novelas no son homogéneas. Cada una es como el prototipo de sí misma y las cosas no se presentan simples. ¿Dónde consiente Cervantes con el juicio de su época y dónde disiente? ¿Cuándo suscribe una situación de hecho y cuándo la presenta como ejemplo de desatino y reprochable esclerosis social?

"Heles dado nombre de Ejemplares y, si bien lo miras, no hay ninguna de quien no se pueda sacar algún ejemplo provechoso; y si no fuera por no alargar este sujeto, quizás te mostrara el sabroso y honesto fruto que se podría sacar, así de todas juntas como de cada una de por sí", dice Cervantes al lector en su Prólogo.

*La mujer objeto.*

Tomemos como itinerario uno que se sugiere en el pasaje citado: "de todas juntas" y "de cada una de por sí".

¿Cuál es la imagen primaria que, aun formada de pequeños detalles sucesivos, nos golpea con fuerza? "De todas juntas" surge la impresión de que la mujer es un *objeto*. ¿En qué sentido circunscribe el término? Un objeto es algo que se manipula, carece de libertad interior, su condición está delimitada por su finalidad, sus posibilidades son previsibles. Trataré de ejemplificar estos rasgos con pasajes propios de Cervantes.

Es frecuente que la mujer sea la cosa que se guarda y se resguarda en el interior de las casas. ¿Se guarda ella misma? Claro está, pues participa del ritual de gestos, miradas y sentimientos que forman lo que se dio en llamar "recato". En verdad es un ritual que se caracteriza por la ausencia. Ausencia de los gestos —que no deben ser amplios o desmesurados—; de las miradas —que deben apuntar preferentemente al suelo o a las manos plegadas una sobre la otra en la falda—; de sentimientos —que con no poca frecuencia debían

postergarse hasta tanto llegara la promesa matrimonial o el matrimonio mismo.

¿Cómo se entregó al Duque mi señora Doña Cornelia? "... debajo de la palabra que él me dio de ser mi esposo, porque sin ella fuera imposible rendir la roca de la valerosa y honrada presunción mía"<sup>2</sup>.

Se guarda ella ...pero también la guardan los demás: padres, hermanos, esposos. En los dos primeros casos para proteger la virginidad; en el tercero, para proteger la fidelidad<sup>3</sup>. Como sea, se entrevé que la mujer, sólo inspiradora de deseos sexuales, no tiene opción a otro tipo de relaciones con los seres humanos varones. Van aquí unos ejemplos. "Era el recato de Cornelia tanto y la solicitud de su hermano tanta en guardarla, que ni ella se dejaba ver ni su hermano consentía que la viesen". Teodosia, una de las protagonistas de *Las dos doncellas*, dice al relatar su historia, que a su hermano los padres "enviaron a estudiar a Salamanca; a mí me tenían en su casa donde me criaban con el recogimiento y recato que su virtud y nobleza pedían".

Todos nos hemos sonreído al leer la descripción del complicado sistema que monta Carrizales —*El celoso extremeño*— para cautelar la fidelidad de su esposa. Hace tapiar las ventanas, instala un eunuco a la puerta como único intermediario con el mundo exterior, emplea un torno para introducir las cosas al interior de la casona —como los que aún existen en algunos conventos donde se hace voto de reclusión—, levanta las paredes circundantes hasta alturas exageradas. Por cierto no olvidamos que el tal Carrizales es ridiculizado por Cervantes como modelo del celoso. Pero los extremos tienen sus orígenes en una peculiar atmósfera de la normalidad. ¿Es verosímil hoy este personaje?

Esta idea de la mujer-objeto se presenta diseminada en las *Novelas Ejemplares*. Las mujeres pueden ser tomadas por la fuerza (*El amante liberal*, *La fuerza de la sangre*, *La ilustre fregona*); son ofrecidas en matrimonio (*La española inglesa*, *La señora Cornelia*); se compran y se venden o se revenden a menor precio luego que

<sup>2</sup>Ob. cit., *La señora Cornelia*.

<sup>3</sup>Como una especie de confirmación al testimonio de Cervantes podemos tomar esta nota que apunta Stendhal en uno de sus relatos —Victoria Accoramboni—. Una de las mujeres que tienen que ver con el relato es asesinada por su esposo, el príncipe Orsini: "La hizo perecer con el consentimiento de los hermanos de ella, porque temía una intriga. Tales eran las leyes del honor introducidas en Italia por los españoles. Los amores ilegítimos ofendían tanto a sus hermanos como a su marido".

han sido disfrutadas (*El amante liberal*); las esclavas son marcadas con un hierro candente en el rostro (*El celoso extremeño*); hay quien piensa que les basta con ser un término medio: “que ni por aguda despunte ni por boba no aproveche” (*La fuerza de la sangre*); es suficiente con que tengan relaciones fuera del matrimonio para que algún hombre conciba el derecho a quitarles la vida (*La señora Cornelia, Las dos doncellas, La Gitanilla*); que se les sospeche algún escamoteo de dinero, así sean seis reales, para que sean castigadas por su hombre hasta quedar más muertas que vivas (*Rinconete y Cortadillo*). Sobre muestras de este tipo se bordan otros datos que hacen angulosa la fisonomía de la mujer que buscamos.

Por un extremo, hay personajes como la Gitanilla, despliegue de ingenio y rebeldía, de buen sentido y dominio de sí, de autonomía que elabora su destino; por el otro, casos como el de las dos “amancebadas” —*El coloquio de los perros*— que trampean con oficio para esquilmar a los extranjeros incautos. En los dos extremos la mujer deja de ser objeto manipulado para transformarse, sobre todo en el último ejemplo, en sujeto manipulador.

¿Cuál es la posición de Cervantes? En casi todos los casos se puede palpar una colisión entre la autoestima —por parte de la mujer— y la estima en que la tiene el hombre. Esta diferencia se da en los mundos de la gitanería o la nobleza, del raterismo o de quienes se ganan sus reales por sus manos. ¿Acaso la Gitanilla no se cree dueña de sí? Sin embargo, los de su grupo creen que las adúlteras deben pagar con la vida. ¿No guarda Costanza la belleza de su cuerpo para cuando le llegue el amor? Con todo, el que fuera su padre por la circunstancia de haber forzado a su madre indaga a las criadas acerca de la índole de su bella hija. Les hace entonces este comentario, esperando una respuesta: “debe de dejarse manosear y requebrar de los huéspedes”.

No tenemos, obviamente, la posibilidad de preguntarle a Cervantes: finalmente, ¿qué piensa Ud. sobre la mujer? ¿Cuál es su modelo? ¿Las rebeldes Gitanilla y Costanza, las recatadas que se guardan en sus recintos y obedecen, las que trampean al varón en cuanto pueden, las que abordan sus instintos sexuales y los cumplen, las violadas que se ven obligadas a callar para no “deshonrarse” públicamente? Este muestrario humano y costumbrista, que constituyen las Novelas, es también un muestrario de ‘tipo’ femeninos.

*Variaciones sobre un tema.*

El análisis de cada ejemplar femenino, “de cada una de por sí”, tal vez nos sea útil para lograr una visión de conjunto. Detengámonos en algunos personajes.

Preciosa, la Gitanilla, está bien delineada en su aspecto físico y más aún en lo espiritual. Se habla de su piel —que la vida de la gitanería no alcanzó a curtir—, del color de su cabello, de su cintura fina, de sus ojos turbadores y su voz melodiosa, de la gracia de su danza. Pero también de la sensatez y agudeza, de la sabiduría y buen juicio que la definen, de su voluntarismo, recalcado por ella misma en unas coplas:

“No me causa alguna pena  
no quererme o no estimarme;  
que yo pienso fabricarme  
mi suerte y ventura buena”.

En todas las situaciones reacciona según su sentir y pensar. La conducta que lleva, antes que determinada por normas ajenas, está fundada en sus propias normas y valores. Así establece las reglas de juego con Andrés, su enamorado, a quien exige dos años de convivencia fraternal antes de llevar las cosas a término amoroso. Es taxativa su declaración de que se rige por su propia ley, que su voluntad es soberana y su alma libre porque ella así lo quiere. Sin embargo Preciosa, como mujer, es un ejemplar un tanto único en la gitanería. Su temperamento asombra a cuantos la escuchan, aun a la vieja gitana que la crió como si fuera su nieta:

“Satanás tienes en tu pecho, muchacha —dijo a esta sazón la gitana vieja— ¡mira que dices cosas que no las diría un colegial de Salamanca!”.

Y si las gitanas maduran y tienen experiencia antes que las otras mujeres, según afirma Cervantes, Preciosa las aventaja por sus dones naturales. Es un animalillo libre que no se deslumbra con el dinero —“A mí no me mueven promesas ni me desmoronan dádivas”—, ni quiere aherrojarse con los grillos de los celos —“sepa que conmigo ha de andar la libertad desenfadada, sin que la ahogue ni turbe la pesadumbre de los celos”.

Estos textos escogidos pueden dar una idea de la fuerza moral de esta mujer, aunque sea una niña de quince años. Cervantes admira y exalta al personaje; ello es evidente. ¿Se trata de contrastar

lo cristiano con la idiosincrasia gitana? No olvidemos que Preciosa no es gitana de nacimiento sino que fue robada por los gitanos a un matrimonio "principal" de cristianos que luego la recuperan. ¿Es Preciosa-mujer, o Preciosa-cristiana lo que Cervantes desea hacernos estimable en esta Novela?

Otro caso, muy distinto, se nos revela en *El casamiento engañoso*. Es un delicioso ejemplo, hablando literariamente, de la mujer truhana. Corresponde, según creo, a cierta imagen corriente de la mujer en que se la compara con los felinos. Doña Estefanía compone arteramente un retrato irresistible de sus supuestas virtudes. Manifiesta arrepentirse de su pasado y sólo desea un esposo con quien compartir sus bienes y para quien trabajar. Como ella dice: "que me ampare, me mande y me honre".

Detestable habría de parecer al lector este personaje si tales artillerías estuvieran dirigidas a un inocente varón. Pero se trata, en esta situación, de un duelo de pillos. El Alférez Campuzano pensó timar a Estefanía desde un comienzo. Lo pensaron al mismo tiempo, cada uno por su lado. Los recodos del relato nos van mostrando nuevos embustes de cada uno de los protagonistas. ¿Quién se lleva la palma en esta competencia? Ya parece que Estefanía pierde la partida cuando se roba las joyas... que resultan falsas. Pero el Alférez se entera después que el tal "primo" de Estefanía no era sino su amante permanente. ¿Quién sale peor herido? Hacia el final del relato dice Campuzano: "(yo) iba mudando en buena la mala intención con que aquel negocio había comenzado". Así resulta de más peso lo que alega al cabo de la historia: "sin que la busque la hallo siempre en la imaginación y adondequiera que estoy tengo afrenta presente". El daño que recibe Estefanía pasa por su bolsillo; el que ella le inflige a Campuzano le da a éste en el corazón.

*La fuerza de la sangre* nos aporta un ejemplo de lo que podríamos denominar "la mujer-cervatillo". A Leocadia "le pasan" cosas: la raptan, la violan mientras está desmayada, queda esperando un hijo como consecuencia. Con sus diez y seis años Leocadia posee una personalidad muy disímil a la de Gitanilla. Los vaivenes la traen y la llevan, y ella manotea lo mínimo que le permite el movimiento pendular. Al despertar de su malhadado desmayo revela en una alocución toda la fragilidad de su espíritu: "¿Adónde estoy, desdichada? ¿Qué oscuridad es ésta, qué tinieblas me rodean? ¿Estoy en el limbo de mi inocencia o en el infierno de mis culpas?...", y

en seguida añade “¡te ruego que ya que has triunfado de mi fama triunfes también de mi vida! Quítamela al momento, que no es bien que la tenga la que no tiene honra...”.

Leocadia ha vivido recluida, poco más o menos, en su claustrohogar. “Respóndeme a esto —le dice a Rodolfo, su raptor— y si temes que te pueda conocer con la habla, hágote saber que, fuera de mi padre y de mi confesor, no he hablado con hombre alguno en mi vida...”.

Con similar resignación Leocadia tiene a su hijo, en tanto secreto que sólo su madre, y no una partera, la asiste en el parto. En forma coherente con esa actitud acepta separarse del niño durante cuatro años. El pequeño vuelve al cabo como sobrino del padre de la joven. El consenso acerca de este asunto puede verificarse, por un lado, en lo que manifiesta el padre: “...más lastima una onza de deshonor pública que una arroba de infamia secreta...”; por otro lado, en las palabras del que viola a la madre de Costanza (*La ilustre fregona*): “Vuesa Merced, señora mía, no grite, que las voces que diere serán pregoneras de su deshonor”. También aquí la madre se desprende de su hijo —Costanza— y lo deja a criar en una posada lejos de su villa.

No recrimina Cervantes esta conducta. Antes bien, parece justificar que los niños nacidos de tales circunstancias, cuando la madre es “principal”, noble, sean apartados del hogar y el amor de sus madres. En estos casos el matrimonio es lo único que puede “devolver” la honra que pierde una doncella.

Un personaje cuyo atractivo se articula en la oposición que marca con su asimétrico esposo es el de Leonora, en *El celoso extremeño*. Leonora comienza su trayectoria en la Novela dentro del esquema mujer-objeto. Carrizales, viejo y rico (en sus casi 80 años disfruta de las riquezas acumuladas en las Indias), solicita a los padres de Leonora (de trece o catorce años) que se la den por mujer. ¿Sus intenciones?, las que siguen: “Casarme he con ella; encerraréla y haréla a mis mañas...”.

La sola juventud y belleza de Leonora bastan para que de inmediato se pongan en marcha los celos de Carrizales. Ya he citado los recaudos que toma el viejo para encerrar a su joven esposa y apartarla de toda mirada masculina. ¿Cuál fue la reacción de Leonora?; “encogiendo los hombros bajó la cabeza y dijo que ella no tenía otra voluntad que la de su esposo y señor a quien estaba siempre obediente”. Carrizales la compra a sus padres con una

suculenta dote. La tierna ironía de Cervantes se hace benevolente cuando comenta que Carrizales gozó de los frutos del matrimonio “como pudo” y que Leonora, al no conocer otra cosa, para ella no eran “gustosos ni desabridos”.

Carrizales destierra lo masculino de la casa con una astucia rayana en la ingenuidad. Las figuras de los cuadros y los animales de la casa —perro y gatos— son hembras. Avaro de su esposa, no del dinero, se ve impedido de disfrutar la vida: “De día pensaba, de noche no dormía”. El ángel, o el demonio, del amor desequilibrará la situación. En el comienzo, un temor cerval impide a Leonora escuchar siquiera las canciones del joven músico que se gana dentro de la casa con artilugios. Paulatinamente, empero, la muchacha acepta sacar una copia de la llave maestra, untar a Carrizales con un unguento adormecedor, hacer entrar al músico a una de las salas para que cantara y tocara la guitarra. Y sucedió que la verdad, por sus propios fueros, se fue introduciendo en el alma de Leonora. Cervantes conduce este proceso de manera excelente. Con pequeñas frases dosificadas nos lleva a pensar en lo justo o inevitable del descubrimiento de la joven: “Sólo Leonora callaba, y le miraba, y le iba pareciendo de mejor talle que su velado (esposo)”.

Aunque Cervantes parece poner en la dueña Marialonso toda la responsabilidad de la “perdición” de Leonora, no puede pasar por alto el lector que Leonora consiente en transcurrir la noche en brazos del cantor Loaysa. Cervantes no define claramente lo sucedido entre Leonora y Loaysa y nos parece que ello es deliberado. ¿Tuvieron o no tuvieron sus amores? Confrontemos dos pequeños pasajes: “Libre Dios a cada uno de tales enemigos —se refiere a la dueña y a la ambición astuta de Loaysa— contra los cuales no hay escudo de prudencia que defienda ni espada de recato que corte”. Pero, leemos aquí: “...el valor de Leonora fue tal, que en el tiempo que más le convenía, le mostró contra las fuerzas villanas de su estuto engañador, pues no fueron bastantes a vencerla, y él se cansó en balde, y ella quedó vencedora y entrambos dormidos”. Sin embargo les llama “los nuevos adúlteros”, ¿por qué?

Dormidos los encuentra —despavorido e incrédulo— el viejo Carrizales y se retira sin decir palabra pero herido de muerte. Leonora, la inocente, oculta a Carrizales en forma oblicua su aventura. Le prodiga caricias y amorosas palabras “como si fuera la cosa del mundo que más amaba”. Para el pobre viejo cada palabra o caricia era “una lanzada que le atravesaba el alma”.

La moraleja propuesta por el autor para esta historia ya fue anticipada: de nada valen las llaves cuando la voluntad queda libre. Es la fuerza de la vida misma la que desencadena los hechos. Jean Cassou en su obra *Cervantes* dice que en el borrador original Cervantes hace efectivos los amores de Leonora con el joven cantor. Posteriormente habría corregido ese pasaje dejando triunfar “un moralismo inverosímil”, movido “por una censura de su época”.

### *Juicio a la mujer.*

Una mirada retrospectiva a lo expuesto muestra la dificultad de establecer una imagen homogénea de la mujer. Cada Novela nos presenta un tipo distinto aunque las circunstancias generales inviten a emparejar a esas mujeres. El marco de la personalidad de cada una proporciona los matices que las distinguen. A la idea generalizada que se impone —la de la mujer-objeto— hay que oponer las individualidades, que en ocasiones Cervantes diseña con delicada maestría.

Si es lícito intentar un balance desde el pellejo de Cervantes diría que la mujer sale libre de culpa y cargo en este juicio. No es el capricho sino la sensatez de Preciosa lo que la mueve a imponer dos años de convivencia fraterna a su amado. Leonisa no provoca los celos de Ricardo —*El amante liberal*—, al inicio de la aventura, pues ella no alentó en absoluto su amor. Tampoco hace nada por seducir a los tres turcos que se proponen gozarla por la fuerza simplemente porque es bella. Las mujeres de *Rinconete y Cortadillo* ¿no están acaso en su ley? Poseen todo el coraje y el pertrecho como para vivir su vida de rateras en la comunidad de ladrones que dirige Monipodio. Allí se las ve equiparadas al varón y si Gananciosa Escalanta y Cariharta viven la dureza de esa vida es por propia decisión y gusto. Hasta las trampas de Doña Estefanía son vistas con cierta complacencia por el autor.

Por otra parte, lo que nos plantea Cervantes como totalidad, como un gran fresco desplegado, debe ser leído en el contexto de la época. Describir matrimonios ocultos, es decir concubinatos con promesa de matrimonio, cuando el Concilio de Trento de 1563<sup>4</sup> los prohíbe y justificarlos con el amor es ya toda una declaración.

<sup>4</sup>Citado por Jean Cassou en su obra *Cervantes*. Ed. Pueblos Unidos, Montevideo, 1943.

En dicha totalidad cabe discernir al menos dos perspectivas. La primera es la perspectiva de la época, que Cervantes refleja con no pocos detalles. Es útil recordar al respecto que las *Novelas Ejemplares* fueron publicadas en 1613. Este ángulo es elocuente de la poca estima en que era tenida la mujer y de su estado de indefinición en cuanto a las costumbres según las describe Cervantes. He diseminado ejemplos de ello en los párrafos anteriores.

La segunda perspectiva nos hace ver con el ojo de Cervantes, un ojo que humaniza lo que ve. El espectáculo es aquí la mujer formando parte de lo humano y como tal poseedora de fallas y virtudes; fallas morigeradas por las condiciones adversas, virtudes exaltadas por las mismas razones. Queda al lector la posibilidad de confirmar lo dicho.